

Arcega, José Ignacio
Tomada de Arcega

CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SR. ARZOBISPO

DE MICHOACAN,

en la que publica la primera Enciclica de N. S. S. Padre

EL SEÑOR

LEON XIII.



BX874
.A73
C3
1878
c.1

MORELIA: 1878.

LA VIUDA É HIJOS DE ARANGO,
Calle del Veterano núm. 6.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Teller



FONDO EMERITO
VALVERDE Y TELLER

708

Amo

BX874

.A73

C3

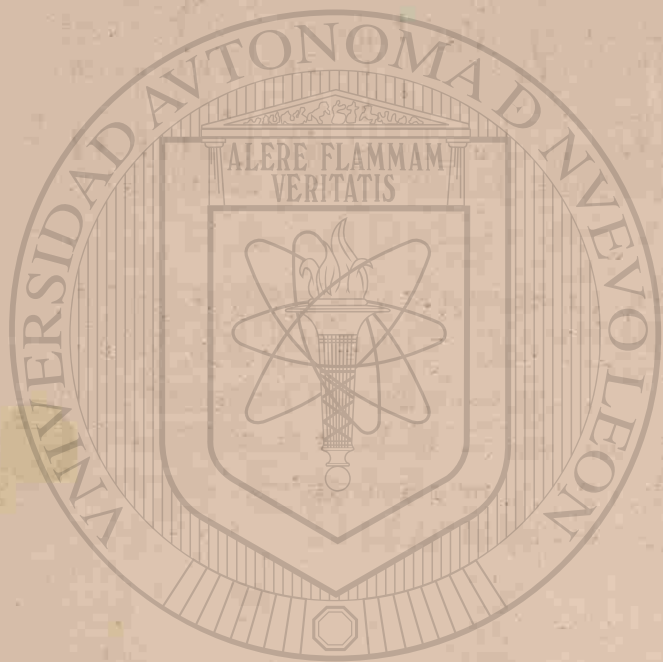
1878

c.1

003/108



1080027670



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

NOS D. JOSE IGNACIO ARCIGA POR la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Michoacan.

AL MUY ILUSTRE Y VENERABLE Sr. Arcedeano y Cabildo, al Venerable Clero secular y regular y a todos los fieles de la Arquidiócesis, salud, paz y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

1 *El Señor hiere y cura; su mano poderosa abre la herida y ella misma derramará el bálsamo que la cicatriza.* Dominus vulnerat et medetur: percutit, et manus ejus sanabunt (1) Estas palabras sagradas, han sido Venerables Hermanos y muy amados hijos, objeto de nuestras frecuentes meditaciones, en vista de los grandes acontecimientos, que han tenido lugar en la Santa Iglesia en los primeros días del corriente año.

(1) Job. v. 18.



003708

40911

Capilla Alfonsina

Bx874

.A73

C3

1879

—4—

2 El fallecimiento de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX ocurrido el siete de Febrero fué, sin duda alguna, un golpe terrible, cuya noticia, difundándose con la velocidad del rayo, llevó instantáneamente á todas las regiones del mundo católico un dolor inmenso, un luto universal; y visible fué en todas partes, la honda impresion que causó tan infausto acontecimiento.

3 Ni podia ser de otra manera; porque un pontífice tan ilustre por su ciencia como por su virtud, que en la larga y singular duracion de su Pontificado proclamó, desde la Cátedra Apostólica, el Dogma dulce y consolador de la Concepcion Inmaculada de María, tanto tiempo esperado por los católicos; que fiel depositario de la verdad y de la doctrina, condenó con su inmortal Sylabus todos los extravios de la razon, todos los delirios de la falsa filosofía y todas las herejías, que se oponen al Dogma, y selló por último, con su autoridad suprema las definiciones del Concilio Vaticano sobre la infalibilidad pontificia, dando así el último golpe á esas doctrinas, que disfrazandose de mil maneras, entrañaban siempre amenazas á la autoridad de la Iglesia. Un Pontífice que, digno representante en la tierra de Aquel que por nosotros se hizo *signo de contradiccion, signum cui contradicetur*,

(1) probó los mas tremendos contrastes de la vida; los triunfos mas espléndidos y los reveces mas dolorosos; las alegrías mas puras y las mas amargas penas; pero siempre tranquilo, magnánimo, generoso, brillando, así en el sόlio de su poder, como en su cautiverio, tanto en sus triunfos, como en su martirio, con esa grandeza sobre humana, que solo la gracia dá y la virtud sostiene. Un Pon-

(1) Luc. II. v. 34.



—5—

tífice en fin, que por el atractivo irresistible de su virtud y el ascendiente misterioso de su autoridad se habia enseñoreado de los corazones de mas de doscientos millones de católicos, no podia desaparecer de la tierra, sin que su muerte conmoviese muy hondamente esos mismos corazones, que mil veces habian palpitado de entusiasmo, admirando en él, todo á la vez; la ternura de un padre y la clemencia de un Rey; la piedad de un Santo y la sabiduría del Maéstro infalible de la Iglesia! ¿Qué más? Sin temor de equivocarnos podemos asegurar, que hasta sus mismos enemigos, aquellos mismos que lo vendieron y lo ultrajaron, haciendolo víctima de la mas negra perfidia, se verán obligados á confesar llenos de admiracion, que así como fué inquebrantable su valor, cuando defendia la verdad y su derecho; así tambien fué inagotable para con ellos su caridad y su ternura!

4 Con razon, Venerables Hermanos y muy amados hijos, el mundo le ha dado ya el magnífico renombre de *Grande*, y la posteridad lo confirmará sin duda, aclamándole como el hombre mas grande de nuestro siglo; grande por todo, por sus triunfos y por sus sufrimientos, y mas grande todavía, por sus eminentes virtudes, que segun esperamos, en dia no muy lejano, lo levantarán sobre nuestros altares! Ved aquí delineado á grandes rasgos el Pontífice que lloramos! El Sumo Sacerdote de la nueva ley, á quien Dios ha querido llamar, para darle la corona de inmarcesible gloria conque ciñen las cienes de los que, fieles á la mision que les ha dado, lo sacrifican todo al cumplimiento de su deber.

5 Entretanto, mientras la Santa Iglesia lamentando

su desolacion, que en esta vez tenia que ser mas amarga y dolorosa, precisamente por las circunstancias especiales que la rodean y por la crisis porque va pasando hace algunos años; mientras levantando sus ojos al cielo pedia al Señor, le concediese un nuevo Pontífice, que gobernase santamente al pueblo fiel, instruyéndolo en la virtud, y edificándolo con el esplendor de su santidad. *Ut sacrosancta Romana Ecclesia concedat Pontificem: qui tuo populo pro salubri regimini sit assidue ad gloriam tui nominis reverendus. Et plebem tuam virtutibus instruat, et fidelium mentes spiritualium aromatum, odore perfundat:* (3) sus enemigos, los que de mucho tiempo atras vienen gloriándose por los ataques que le dirigen y los agravios que le hacen, se alegraban quizá por la muerte de Pio IX, pensando neciamente, como los carceleros de Pio VI, que asistian á los funerales del último Papa.

6 En los consejos de su impiedad, en los cálculos de su política anti-católica entraba tal vez la idea de oponerse á la reunion del Cónclave, para impedir la eleccion del nuevo Pontífice, ó por lo menos prolongar cuanto mas pudieran la acefalia de la Iglesia, promoviendo conflictos por influencias extrañas. Pero, bendito sea Dios! Él, que vela por los destinos de la Iglesia con amorosa solicitud, y que disipa cuando quiere, los proyectos de los inicuos, desconcertó en esta vez todas las combinaciones de la política humana, y con admiracion y aplauso del mundo, hemos visto, que pasados apenas muy pocos dias, el Sacro Colegio se reunió en Conclave sin dificultad, que procedió á

(3) Miss. Rom. in missa pro eligendo Sum. Pont.

sus deliberaciones con tranquilidad y sociogo, eligiendo casi por unanimidad, al nuevo Pontífice, que bajo el nombre de Leon XIII, gobierna hoy felizmente la Iglesia.

7 La exhaltacion del nuevo Papa, fué saludada con entusiasmo por todos los católicos, porque veiamos realizada en nuestro favor aquella promesa eternamente consoladora que Jesucristo nos ha hecho de no *dejar-nos huérfanos. Non relinquam vos horfanos.* (1) Y confirmada, una vez mas, aquella sentencia inmortal, y divina que, garantiza la perpetuidad de la Iglesia y la sucesion no interrumpida de sus pastores: *Porte inferi non prevalebunt adversus eam.* (2)

8 Mas no creais, Venerables Hermanos y muy amados hijos, que la confusion que debió producir en los enemigos de la Iglesia el advenimiento al trono Pontificio del Sr. Leon XIII, poniéndoles de manifesto que si los Papas mueren, no muere el Papado; que si las personas se suceden, la institucion no decrece ni se debilita, sino que vive y vivirá, porque la palabra del Eterno la sostiene: no creais, repetimos, que por esto desistiesen de su temeraria empresa; sino que ántes bien, cambiando de táctica insistian en su antiguo propósito; y ya que no habian conseguido ni impedir, ni retardar siquiera la eleccion del nuevo Papa, intentaron extraviar el sentimiento público; y haciendo alarde de una admiracion hipócrita, por las virtudes, las dotes y el saber del nuevo Pontífice; como si quisieran eclipsar las de su glorioso predecesor, se atre-

(1) Joan. XIV. v. 18.

(2) Math. XVI v. 18.

vieron á lanzar por la prensa mil injustas y falsas apreciaciones sobre el carácter, la conducta y la marcha que el nuevo Gerarca imprimiría á su gobierno; ni temieron asegurar, que destruiría en mucho la obra del inmortal Pío IX. ¡Calumnia atroz! que la conciencia católica se apresuró á rechazar con noble y santa indignacion; porque todos sabemos, que Leon XIII, continuará la obra de Pío IX; así como Pío IX, á su vez, habia continuado la obra de sus antecesores en la Cátedra Apostólica. Es decir, que Leon XIII, continuará enseñando la verdad, y disipando el error; defendiendo la virtud y la justicia, y condenando la iniquidad; manteniendo intacto el depósito de la Doctrina y dilatando sobre la tierra el Reino de Dios; porque esta y no otra, es la mision que se le ha confiado. Y esto, que ya estaba perfectamente admitido por la conciencia de todos los católicos, es lo mismo que aparece con toda claridad y con una entonacion grave, magestuosa y digna en las venerables letras apostólicas que Nuestro Santísimo Padre se ha dignado dirigir á todos los Obispos y por su conducto á todos los fieles el 21 de Abril del presente año.

9 Pena muy grande ha sido para nosotros, Venerables Hermanos y muy amados hijos, haber diferido por tanto tiempo, el daros á conocer esas respetables letras; pero, no ignorais, la dolorosa enfermedad con que el Señor se dignó visitarnos por largos meses, en que apenas podiamos atender al despacho de los negocios mas urgentes de nuestra Arquidiócesis, y es por esto, por lo que hasta hoy, cuando por el favor divino se

han aliviado nuestros males, vamos á cumplir con el grato deber que nos incumbe, de daros á conocer las ya citadas respetables letras. Vedlas aquí.

“A TODOS LOS VENERABLES HERMANOS Patriarcas, Arzobispos y Obispos del mundo católico, que están en gracia y comunión con la Santa Sede y Apostólica.”

LEON PP. XIII.

“Venerables Hermanos, salud y bendicion apostólica. —Apenas fuimos por inescrutable consejo de Dios, ensalzados, aunque sin merecerlo, á la suma dignidad apostólica, sentimos vivísimo deseo y casi necesidad de dirigirnos á vosotros, no solo para haceros patentes los sentimientos de nuestro íntimo afecto, sino tambien para cumplir el cargo que Nos estaba confiado por Dios, de esforzaros á vosotros, que participais de nuestra solicitud, á sostener, juntamente con Nos, la lucha diaria en defenza de la Iglesia y de la salud de las almas.

“Desde los primeros dias de nuestro Pontificado, se Nos presenta á la vista el triste espectáculo de los males que por todas partes afligen al género humano; esta tan completa subversion de los principios, en los cuales, como fundamentos, se apoya el orden social; la osadía de los ingenios intolerantes de toda legítima sujecion; el perenne fomento de las discordias, origen de intestinos conflictos y guerras crueles y sangrientas; el desprecio de todas las leyes de moral y de justicia; la in-

saciable codicia de bienes caducos y el desprecio de los eternos, llevado todo hasta el loco furor que conduce tan á menudo á muchos infelices á darse la muerte; la impróvida administracion, la prodigalidad, la malversacion de los fondos públicos: así como la impudencia de aquellos que, con engañadora perfidia quieren ser tenidos por defensores de la patria, de la libertad y de todo derecho, y aquel total malestar, en fin, que circula por las fibras más íntimas de la sociedad humana, la inquieta y amenaza arrastrarla á una espantosa catástrofe.

“Nos, estamos convencidos de que estos males tienen su causa principal en el desprecio y olvido de esta santa y augusta autoridad de la Iglesia, que gobierna al género humano en nombre de Dios y que es la garantía y el apoyo de toda autoridad legítima.

“Así lo han comprendido perfectamente los enemigos del orden público, y hé aquí porque han pensado, que nada era más propio para minar los fundamentos sociales, que atacar tenazmente la Iglesia de Dios y hacerla odiosa y aborrecible, por medio de vergonzosas calumnias, representándola como enemiga de la verdadera civilizacion, debilitar su fuerza y su autoridad con nuevos y repetidos ataques, y abatir la suprema autoridad del Pontífice Romano, que es en la tierra el guardian y defensor de las reglas inmutables de lo bueno y de lo justo.

“De ahí, pues, han salido esas leyes que quebrantan la divina constitucion de la Iglesia católica, y cuya promulgacion tenemos que deplorar en la mayor parte de los países; de ahí proceden el desprecio del poder

episcopal, las trabas puestas al ejercicio del ministerio eclesiástico, la dispersion de las Ordenes religiosas, y la confiscacion y la venta en subasta de los bienes que servian para mantener á los ministros de la Iglesia y á los pobres; de ahí tambien, el que las instituciones públicas consagradas á la caridad y á la beneficencia, se hayan sustraído á la saludable direccion de la Iglesia; de ahí, en fin, esa libertad desenfrenada y perversa de enseñarlo todo, y de publicarlo todo, cuando por el contrario, se viola y se oprime de todas maneras el derecho de la Iglesia de instruir y de educar á la juventud.

“Y esto tambien se ha tenido en cuenta al apoderarse del dominio temporal que la Divina Providencia habia concedido hacia largos siglos al Pontífice Romano, á fin de que pudiese usar libremente y sin trabas, para la eterna salvacion de los pueblos, del poder que Jesucristo le habia conferido.

“Nos, hemos querido recordar este funesto cúmulo de males, Venerables Hermanos, no para aumentar en vosotros la tristeza que esta lamentable situacion de suyo os causa; sino para que os sea completamente conocido á qué gravísimo término han sido llevadas las cosas que deben ser objeto de nuestro ministerio y de nuestro celo, y con cuánto empeño debemos dedicarnos á defender y amparar con todas nuestras fuerzas á la Iglesia de Cristo y la dignidad de esta Sede Apostólica, atacada especialmente en los actuales calamitosos tiempos, con indignas calumnias. ®

“Es bien claro y evidente, Venerables Hermanos, que la causa de la civilizacion carece de fundamento sólido, si no se apoya sobre los principios eternos de la verdad

y sobre las leyes inmutables del derecho y de la justicia, si un amor sincero no une las voluntades de los hombres, y no fija la distincion y los motivos de sus deberes recíprocos.

“Ahora bien: ¿Quién osará ponerlo en duda? ¿No es la Iglesia, la que al predicar el Evangelio entre las naciones, ha hecho brillar la luz de la verdad en medio de los pueblos salvajes, imbuidos en supersticiones vergonzosas, y la que los ha conducido al conocimiento del divino Autor de todas las cosas y al respeto de sí mismos? ¿No es la Iglesia, la que haciendo desaparecer la calamidad de la esclavitud, ha vuelto á recordar á los hombres la dignidad de su nobilísima naturaleza?

“¿No es la Iglesia, la que al desplegar en todos los límites de la tierra el estandarte de la redencion, ha introducido ó protegido las ciencias y las artes, fundando y tomando bajo su amparo los institutos de caridad destinados al alivio de todas las miserias, y procurando la cultura del género humano en la sociedad y en la familia, lo ha sacado de la miseria y lo ha formado para un género de vida conforme á la dignidad y á los destinos de su naturaleza?

“¡Ah! si se compara la época en que vivimos, tan completamente hostil á la Religion y á la Iglesia de Jesucristo, con la de los tiempos afortunados en que la Iglesia se viera venerada como una madre, no podrá ménos que reconocerse que esta época llena de perturbacion y ruinas, corre derecha al precipicio, y que, al contrario, los tiempos en que más han florecido óptimas instituciones, y la tranquilidad, la riqueza y prosperidad públicas han llegado á mayor altura, han sido aquellos

en que, los pueblos han sido mas sumisos al gobierno de la Iglesia, y han observado mejor sus leyes.

“Siendo, pues, claro, que los numerosísimos beneficios que acabamos de recordar, y que proceden del ministerio y benéfica influencia de la Iglesia, son obras gloriosas de la verdadera civilizacion, lo es igualmente que la Iglesia no la rechaza ni la aborrece, pues que con justo título se alaba de haber hecho con ella oficio de maestra, nodriza y madre.

“Bien al contrario, esa civilizacion que choca con las santas doctrinas y las leyes de la Iglesia, no es sino una falsa civilizacion, y debe considerársele como un nombre vano y sin realidad. De lo cual nos dan evidentes pruebas los pueblos que no han visto brillar la luz del Evangelio; se ha podido á veces ver, en el curso de su vida el barniz de la civilizacion, mas ninguno de los sólidos y verdaderos bienes de la civilizacion, ha podido arraigarse y florecer en ellos.

“No: no es progreso de la vida civil el que se reduce al desprecio procaz de todo poder que sea legítimo: no, no es una libertad lo que lleva tras sí como apéndice de vergüenzas é ignominias, la propaganda desenfrenada de errores, el libre goce de perversas concupiscencias, la impunidad de crímenes y maldades, la opresion de los buenos ciudadanos, cualquiera que sea la clase á que pertenecen.

“Tales principios son falsos, erróneos, perniciosos; en ellos no se halla seguramente la fuerza de perfeccionar la naturaleza humana, porque *el pecado hace á los hombres miserables*. [Prov. XIV. 34.] Y sucede, y esto es absolutamente inevitable, que des-

pues de haber corrompido las inteligencias y los corazones, esos principios, por su propia gravitacion, precipitan á los pueblos en un piélago de desgracias, conculcan el órden legítimo, y de esa suerte, más pronto ó mas tarde, traen la pérdida total de los poderes y de la pública tranquilidad.

“Si se contemplan de otra parte las obras del Pontificado romano, ¿puede haber nada más inícuo que la negacion de que á los Pontífices Romanos sea deudora la sociedad civil, de los más nobles esfuerzos y de los más grandes sacrificios? Ciertamente, nuestros predecesores, ansiando asegurar el bien de los pueblos, no titubearon en emprender distintas luchas, resistir grandes trabajos, afrontar peligros y dificultades, puestos los ojos en el cielo, sin inclinar jamas la frente ante las amenazas de los impíos, ni nunca faltar á su mision, por adulaciones ó promesas.

“Esta Sede Apostólica fué quien recogió y coordinó los restos de la antigua sociedad; ella fué el luminar que hizo restablecer la civilizacion de los tiempos cristianos: ella fué el áncora de salvacion entre las fieras tempestades que ha sufrido el linage humano; el vínculo sagrado de concordia que unió unas con otras á las naciones lejanas entre sí, y de tan diversas costumbres; el centro comun, finalmente, de la religion y de la fé, como de la accion y de la paz. ¡Qué gloria para los Pontífices Máximos, la de haberse opuesto constantemente como baluarte inquebrantable, para que la sociedad no volviera á caer en la antigua supersticion y barbarie!

“Oh, si esta tan saludable autoridad nunca hubiera sido

tenida tan en poco y rechazada! De seguro, el principado civil no hubiera perdido aquel carácter sagrado y sublime que la religion le habia impreso, único que hace racional y noble la sumision; no hubieran estallado tantas sediciones y tantas guerras, para llenar la tierra de calamidades y estragos, ni los reinos en otros tiempos tan florecientes, hubieran caido del sumo de la grandeza al abismo, bajo el peso de toda clase de desventuras. De esto son ejemplo los pueblos del Oriente: rotos los suaves vínculos que los unian á la Sede Apostólica, vieron eclipsarse el esplendor de su antigua grandeza, desapareciendo el honor de las ciencias y de las artes y la dignidad del imperio.

“Los insignes beneficios que se derivan de la Sede Apostólica á todas las partes de la tierra, como se manifiesta por ilustres monumentos de todas las edades, se dejaron sentir especialmente en la nacion italiana, la cual, por estar mas cercana á ella, ha recogido mas ubérrimos frutos. Sí, Italia en gran parte es deudora á los Romanos Pontífices de su verdadera gloria y grandeza, de su verdadera elevacion sobre las demas naciones. Su autoridad y proteccion paterna le han protegido varias veces contra los ataques de sus enemigos, y de ellos ha recibido ayuda y socorros necesarios, para que la fé católica fuése siempre íntegramente conservada en los corazones de los italianos.

“Apelamos especialmente, para no ocuparnos de otros, á los tiempos de San Leon Magno, Alejandro III, Inocencio III, San Pio V, de Leon X y de otros Pontífices, en los cuales, por obra y proteccion de aquellos varones, Italia se libró de la suprema ruina con que

la amenazaban los bárbaros, salvó su antigua fé y entre las tinieblas y la miseria de la decadencia universal, nutrió y conservó vivo el fuego de las ciencias y el esplendor de las artes. Apelamos á nuestra alma ciudad, Sede del Pontificado, la cual les debió no solo la singularísima ventaja de llegar á ser el alcazar inespugnable de la fé, sino el asilo de las bellas artes y morada de las ciencias, y por esto, objeto de la admiracion de todos.

“Por el esplendor de tales hechos, consignados en públicos é imperecederos monumentos, es fácil reconocer que solo por aversion y por indigna calumnia, á fin de engañar á las muchedumbres, se ha podido decir de viva voz y por escrito, que la Sede Apostólica sea obstáculo á la civilizacion de los pueblos y á la felicidad de Italia.

“Si las esperanzas, pues, de Italia y del mundo entero, descansan todas en la benéfica influencia de la Sede Apostólica para bien comun, y en la union íntima de todos los fieles al Romano Pontífice, la razon exige, que nos ocupemos con el mas solícito cuidado de conservar intacta la dignidad de la Cátedra Romana y de afianzar más y más, la union de los miembros con la cabeza, de los hijos con el Padre.

“Por tanto, para asegurar ante todo y del mejor modo que podamos, los derechos y la libertad de la Santa Sede, no dejaremos nunca de exigir que nuestra autoridad sea respetada, que nuestro ministerio y nuestra potestad se dejen plenamente libres é independientes, y se nos restituya á la posicion en que la

Sabiduría Divina, desde tiempos antiguos, habia colocado á los Pontífices de Roma.

“No es, pues, un vano deseo de poder y de dominio el que nos mueve á pedir el restablecimiento del principado civil. Lo pedimos, porque lo exigen nuestros deberes y los solemnes juramentos que hemos prestado; porque no solo es necesario para tutela y conservacion de la plena libertad del poder espiritual, sino tambien porque es evidente que cuando se toca el dominio temporal de la Sede Apostólica, se toca á la vez á la causa del bien y de la salvacion de la familia humana.

“Por eso Nos, por razon del oficio que nos obliga á defender los derechos de la Santa Sede, no podemos en modo alguno dispensarnos de renovar y confirmar por estas Nuestras letras, todas las declaraciones y protestas que nuestro predecesor Pio IX, de santa memoria, hizo repetidamente, ya contra la ocupacion del principado civil, ya contra la violacion de los derechos de la Iglesia Romana.

“Y al mismo tiempo nos dirigimos á los príncipes, y supremos rectores de los pueblos, conjurándoles en el nombre augusto del Dios Altísimo, que no renuncien en tan peligrosos momentos al apoyo que les ofrece la Iglesia; que se agrupen concordes y decididos en torno de esta fuente de autoridad y de salvacion; que estrechen una vez más con ella íntimas relaciones de respeto y amor.

“Haga Dios que aquellos, convencidos de estas verdades, y reflexionando que la doctrina de Cristo, como decia San Agustin (Ep. 138 ad Marcellinum v. 15) *es grande salud para la Republica siempre que se ob-*

serve, y que en la situación próspera y respetada de la Santa Sede, está basada la paz y prosperidad pública, dirijan todos sus cuidados y pensamientos á mejorar la situación de la Iglesia y de su cabeza visible, preparando de tal manera á sus pueblos, conducidos por el camino de la justicia y de la paz, una era nueva de prosperidad y de gloria.

“A fin de que cada día sea más firme la union de la Grey católica con el Supremo Pastor, nos dirigimos ahora á vosotros, con afecto muy especial, ¡oh Venerables Hermanos! excitando vuestro celo sacerdotal y vuestra pastoral solicitud, para que despertéis en los que os están confiados, el santo fuego de la Religion que los mueva á adherir más fuertemente á esta Cátedra de verdad y de justicia, á recibir en ella con sincera docilidad de espíritu y de corazón todas sus doctrinas, y á rechazar en lo absoluto aquellas opiniones por generalizadas que estén, que conozcan ser contrarias á la enseñanza de de la Iglesia.

“A este propósito los Romanos Pontífices nuestros predecesores, y últimamente Pio IX, de santa memoria, principalmente en el Concilio Vaticano, teniendo á la vista las palabras de San Pablo: (ad Coloss. II. 8) *Estat sobre aviso, que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Cristo. Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem falaciam secundum elementa mundi et non secundum Christum,* no omitieron el condenar, cuando fué necesario, los errores corrientes, y herirlos con la apostólica censura. Y Nos, siguiendo las huellas de Nuestros Pre-

decesores, desde esta apostólica Cátedra de verdad, confirmamos y renovamos todos estas condenaciones, rogando con instancia al mismo tiempo al Padre de las luces, que todos los fieles con un solo ánimo y un solo espíritu piensen y hablen con Nos.

“Toca empero á vosotros, Venerables Hermanos, emplearos con todas vuestras fuerzas, en que las semillas de las celestes doctrinas sean esparcidas con mano pródiga en los campos del Señor, y en que desde los tiernos años se infundan en el alma de los fieles, las enseñanzas de la fé católica, echen en ellas profundas raíces y sean preservadas del contagio del error.

“Cuanto más se afanan los enemigos de la Religion por enseñar á los ignorantes, y especialmente á la juventud, doctrinas que ofuscan la mente y corrompen el corazón, tanto mayor debe ser el empeño para que no solo el método de enseñanza sea sano y sólido, sino la misma enseñanza esté plenamente conforme con la fé católica, tanto en las letras como en las ciencias, y principalmente en la filosofía, de la cual depende en gran parte la buena dirección de las demás ciencias, y que no debe tender á destruir la revelación divina, antes bien á allanarle el camino y defenderla de los que la impugnan, como nos lo han enseñado con su ejemplo y con sus escritos, el Gran San Agustín, el Angélico Doctor y los demás maestros de la sabiduría cristiana.

“Pero la buena educación de la juventud, para que sirva de amparo á la fé, á la Religion y á las costumbres, debe empezar desde los más tiernos años en el seno de la familia, la cual en nuestros días está lamentablemente trastornada, y no puede volver á su dignidad perdi-

da, sino sometiéndose á las leyes con que fué instituida en la Iglesia por su divino Autor, el cual, habiendo elevado á la dignidad de Sacramento el matrimonio, símbolo de su union con la Iglesia, no solo santificó el contrato meramente nupcial, sino que proporcionó tambien eficacísimos auxilios á los padres y á los hijos, para conseguir más fácilmente, con el cumplimiento de sus mutuos deberes, la felicidad temporal y eterna.

“Mas despues que leyes inicuas, desconociendo el carácter sagrado del matrimonio, lo han reducido á la condicion de un contrato meramente civil, siguióse por consecuencia que, envilecida la nobleza de las nupcias cristianas, los cónyuges vivan en concubinato legal, que no se acuerden de la fé mutuamente jurada; que los hijos nieguen á los padres la obediencia y el respeto, que se debiliten las domésticas afecciones, y lo que es de pésimo ejemplo y muy dañoso á la honestidad de las públicas costumbres, que frecuentemente un loco amor, dé por resultado lamentables y funestas separaciones.

“Tan deplorables y graves desórdenes deben, Venerables Hermanos, excitar vuestro celo á amonestar con perseverante insistencia á los fieles confiados á vuestro cuidado, á que presten docil oido á las enseñanzas que se refieren á la santidad del matrimonio cristiano, y obedezcan las leyes con que la Iglesia regula los deberes de los cónyuges y de su prole.

“Conseguiríase con esto tambien otro efecto muy apetecible, la mejora y la reforma del hombre como individuo, puesto que, así como de un tronco viciado salen ramas pésimas y frutos perversos, así la corrupcion que contamina á las familias, llega á enfermar é infestar al

individuo. Por el contrario, ordenada la familia en la vida cristiana, poco á poco los miembros todos se acostumbran á amar la Religion y la piedad, á aborrecer las doctrinas falsas y perniciosas, á ser virtuosos, á respetar á los mayores y á refrenar ese sentimiento de egoísmo que tanto enerva y degrada la humana naturaleza.

“A este propósito, convendrá mucho regular y fomentar las asociaciones piadosas que, principalmente en nuestros dias, con grandísima ventaja de los intereses católicos, han sido fundadas.

“Grandes, superiores á la fuerza del hombre, ¡oh Venerable Hermanos! son estas cosas, objeto de nuestras esperanzas y de nuestros votos; empero, habiendo hecho Dios capaces de sanidad á las naciones de la tierra, y habiendo instituido la Iglesia para la salvacion de las gentes, prometiéndola su benéfica asistencia hasta la consumacion de los siglos, Nos, abrigamos la firme esperanza de que, merced á vuestros trabajos, los hombres, amaestrados por tantos males y desventuras, vengán finalmente á buscar la salud y la felicidad en la sumision á la Iglesia y al infalible magisterio de la Cátedra Apostólica.

Entre tanto, Venerables Hermanos, no podemos terminar esta carta, sin manifestaros el júbilo que experimentamos por la admirable union y concordia en que vivís unos con otros, y todos con esta Sede Apostólica. Creemos que esta union, no solo es el baluarte mas fuerte contra los asaltos del enemigo, sino además, un fausto y gratísimo augurio para la Iglesia de un porvenir mejor; lo que al paso que nos es de indecible gozo, conforta nuestra debilidad, prestándo-

nos valor para sostener varonilmente, en el difícil cargo que ejercemos, cuantas luchas sean necesarias por el bien de la Iglesia.

“Tampoco podemos separar de estos motivos de júbilo y esperanza expresados, las demostraciones de amor y reverencia que en estos primeros días de nuestro Pontificado, nos habeis dado vosotros, Venerables Hermanos, y con vosotros innumerables sacerdotes y simples fieles, quienes por cartas que nos han dirigido por oblacones que nos han hecho y aun por peregrinaciones que han practicado, nos dan á conocer que, el amor y la adhesión que tubieron á Nuestro Dignísimo Predecesor, se conservan íntegros é invariables hácia la persona de su Sucesor, tan poco digno de su herencia.

“Por estos tan espléndidos testimonios de la piedad católica, humildemente alabamos la benigna clemencia del Señor; y á vosotros, Venerables Hermanos, y á todos aquellos amadísimos hijos de quienes los hemos recibido, manifestamos públicamente, y de lo íntimo del corazón, Nuestra inmensa gratitud, plenamente confiados en que, en estas angustiosas circunstancias, y en estas dificultades de los tiempos, no vendrán á ménos vuestra adhesión y afecto y los de todos los fieles.

“Nos no dudamos que tan brillantes ejemplos de piedad filial y de virtud cristiana, tendrán gran valor para mover el corazón de Dios clementísimo, á que mire propicio á su Grey; y á que dé á la Iglesia la paz y la victoria. Y porque Nos esperamos que mas pronto y fácilmente será concedida esa paz y esa victoria, si los fieles dirigen constantemente sus votos y plegarias para obtenerla, os exhortamos, Venerables Her-

manos, á confortarlos y enfervorizarlos en estos puntos poniendo como medianera para con Dios á la Inmaculada Reina de los cielos, y por intercesores á Sr. San José Patrono celestial de la Iglesia, y á los Santos Principes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, á cuyo poderoso patrocinio encomendamos Nuestra humilde persona, la gararquía de la Iglesia y toda la Grey del Señor.

“Aparte de esto, Nos vivamente deseamos, que este día, en el cual se recuerda solemnemente la resurrección de Jesucristo, sea para vosotros, Venerables Hermanos, y para toda la familia católica, feliz, saludable y lleno de santo júbilo, y pedimos á Dios clementísimo, que con la sangre del Cordero Inmaculado, con la que fué cancelada la sentencia de nuestra condenación, sean lavadas las culpas contraídas y benignamente mitigado el juicio á que ellas nos sujetan.

“*La gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicacion del Espíritu Santo sea con todos vosotros, Venerables Hermanos, á quienes damos con particular afecto á cada uno en particular, así como á los amados hijos los Eclesiásticos y simples fieles de vuestras Iglesias, como prenda de Nuestra benevolencia y nuncio de la proteccion divina, la Bendición Apostólica.*

Dado en Roma en San Pedro, en el solemne día de Pascua, 21 de Abril del año de 1878, primero de nuestro pontificado.—LEON PAPA XIII.”

10 Como os lo habiamos anunciado, lo habeis visto ya Venerables Hermanos y muy amados hijos, el nuevo Pontífice, ilustrado por esa luz superior, que el Espíritu

Santo hace descender sobre aquellos á quienes coloca en su Iglesia, para que rijan al Pueblo fiel, y lo alimenten y lo nutran con el pan de la verdadera doctrina, marcha sobre las huellas de sus antecesores, y sentinela avanzado en los campos de Israel, desde las alturas de la suprema Cátedra en que Dios le ha colocado, con una mirada investigadora, atenta y reflexiva descubre uno á uno todos los males, que aquejan á las sociedades modernas, señala con precision las causas que los producen, y con una solícitud verdaderamente paternal y cariñosa, indica los remedios únicos que pueden curarlos. Tal, es en resumen, el contenido de la preinserta Encíclica.

11 En efecto, dice un ilustre escritor de nuestros días, notabilísimo por el acierto, el celo y el valor, conque hace tiempo está defendiendo la causa de la Religion y los derechos de la Santa Sede, la Encíclica de Nuestro Santísimo Padre, puede considerarse naturalmente dividida en tres partes: en la primera, numera esas llagas cancerosas que están devorando á la Sociedad, y son:

I. La negacion sistemática, de los principios fundamentales de todo orden religioso y social.

II. La rebelion contra las autoridades legítimas.

III. El desprecio cada dia creciente de las reglas de sana moral y de los fueros sagrados de la justicia.

IV. Las dicensiones intestinas, y las guerras.

V. El suicidio, demasiado generalizado ya en el mundo, y la desmedida ambicion de las riquezas, que impelle á los hombres á valerse de los medios mas reprobados é inicuos para adquirirlas, sacrificando á cada paso el honor y la conciencia.

VI. La hipocresía del patriotismo y de la libertad.

Señalados los males, pasa en seguida á fijar las causas que los han producido y los mantienen, y con una precision absoluta indica las siguientes.

Primera y principal, el desprecio de Dios y de su Santa Iglesia.

Segunda, el empeño satánico de amontonar calumnias contra el Papa, á intento de desprestigiar su autoridad suprema.

Tercera, esas leyes injustas é impías que á cada paso se publican.

Cuarta, la guerra al Episcopado católico.

Quinta, la usurpacion de los bienes de la Iglesia, destinados al sostenimiento del Culto, al socorro de los pobres, á la educacion cristiana de la juventud y á otros fines igualmente útiles y honestos.

Sexta, la esclaustracion y dispersion de los órdenes religiosos de uno y otro sexo.

Sétima, la secularizacion de la beneficencia.

Octava, la educacion laica y atea, por la supresion del Catecismo católico.

Novena, la inicua usurpacion del principado civil de la Iglesia. Trazado ya con tanta maestría como exactitud ese cuadro tenebroso y desolador, de los males que aquejan á la Sociedad y de las causas que los producen; viene en seguida, á proponer los remedios soberanamente eficaces que pueden curarlos, y que no pueden ser otros, que los que indica el mismo Soberano Pontífice, á saber:

I. La omnímoda aceptacion de la verdad eterna.

II. El magisterio eclesiástico.

III. *La libertad de la Iglesia.*

IV. *El pronto retorno á la civilizacion cristiana.*

V. *El restablecimiento de la autoridad Pontificia.*

VI. *La concordia entre las dos potestades, la religiosa y la civil.*

VII. *La educacion católica.*

VIII. *El sacramento del matrimonio.*

IX. *La santificacion del Domingo.*

12 A la simple enumeracion de los diferentes puntos que abraza ese respetable documento, se comprende desde luego, la profunda sabiduría, el exquisito tacto, la consumada prudencia y el claro conocimiento de las cosas y de la situacion que tiene el Supremo Pastor de la Iglesia. A su penetrante mirada, no se ha ocultado ni uno solo de los males que nos rodean y amenazan llevarnos á la más completa ruina, y á su vigilancia y sollicitud paternal tampoco se ha escapado, ni uno solo de los remedios que conviene aplicar. Sin duda, la curacion de este enfermo, queremos decir, del mundo, que está cubierto de asquerosa lepra, lleno de úlceras cancerosas, y devorando, como dice San Ambrosio, *por la fiebre de la avaricia, de la sensualidad, de la ambicion y del ódio*, (1) es sobremanera difícil y superior á solo las fuerzas humanas; *pero supuesto que Dios ha hecho, curables á las naciones de todo el árbe; supuesto que instituyó su Iglesia, para la salvacion de las gentes, y le prometió que le habia de asistir con su auxilio hasta la consumacion de los siglos*; el Supremo Pastor, abriga la firme confianza, de que con el auxilio de lo alto, y la eficaz cooperacion del episcopado católico, los Pueblos,

(1) Hom. in Luc. Cap IV. circa finem.

y los individuos, toda la familia humana, aleccionada con tantos males y calamidades, volverá pronto á buscar la salud y la prosperidad en la sumision á la Iglesia y al magisterio infalible de la Cátedra Apostólica. ¡Quiera el Señor, rico en sus misericordias, como se lo pedimos de lo íntimo de nuestra alma, realizar los ardientes votos de Nuestro Santísimo Padre!!

13 Por lo que á Nos toca, deseando secundar en cuanto cabe en nuestra pequeñez, los deseos de su Santidad, sin detenernos, porque no lo concienten los límites de una carta, en hacer estensas reflexiones sobre varios de los importantes puntos indicados, queremos sí, llamar vuestra atencion, Venerables Hermanos y muy amados hijos, principalmente sobre uno de esos males que con tanta justicia deplora el Vicario de Jesucristo, y que es á nuestro juicio, uno de los mayores, que se padecen en la actualidad, y que causará los mas terribles estragos en el porvenir. Nos referimos á la educacion religiosa de la juventud, tan desatendida hoy.

14 En efecto, el espíritu se angustia, el corazon se oprime por el dolor, cuando, hechando una rápida ojeada á nuestro derredor, vemos, que en medio de esas tiernas generaciones que se levantan, se agita ya el genio del mal, y con celo infatigable, poniendo en juego todos sus recursos, adelanta cada dia su obra de corrupcion, estraviando, las buenas inclinaciones y viciando los nobles caracteres de los jóvenes, en tanto que, ¡triste es decirlo! muchos padres y madres de familia, ó por culpable descuido, ó lo que es todavia peor, por el contagio de su mal ejemplo, léjos de impedir tanto mal, parecen consentirlo y hasta autorizarlo; olvidados quizá, de la

noble y santa mision que Dios les ha confiado, y sin pensar siquiera en la tremenda responsabilidad en que incurren.

15 Deber nuestro es, por lo mismo, levantar nuestra voz pastoral para recordar á los jefes de familia la rigurosa obligacion que tienen, de cuidar que sus hijos reciban una educacion verdaderamente religiosa; hoy sobre todo, cuando el mundo entero asiste al combate sin tregua, que bandos contrarios, se libran dia por dia para apoderarse de la juventud. Porque no hay que dudarlo; tanto los que permanecen fieles á los principios católicos, como los que hacen ostentacion de despreciarlos: así los que rechazan toda revelacion y toda autoridad divina, siguiendo lo que llaman *las intuiciones de su conciencia*; como los que siguen las enseñanzas de la fé y acatan el magisterio infalible de la Iglesia; todos tienen puesta su esperanza, en las tiernas generaciones que se levantan; los unos, para afianzar si fuera posible el imperio del mal; los otros para obrar un saludable retorno al bien: aquellos, para consumir los atentados que meditan contra la Iglesia y la sociedad; estos para apartar á la sociedad de la ruina que le amenaza y librar á la Iglesia de los combates que le preparan. Y de estas aspiraciones contrarias, nace, como es natural, esa lucha activa que hoy presenciamos: de una parte, la Iglesia llena de tierna solicitud, por los verdaderos intereses de los jóvenes, busca los medios mas eficaces, para impedir que el error ofusque su inteligencia y el vicio manche la pureza de su alma; y por otra, la impiedad, la irreligion resucitando los mas viejos errores, desenterrando los mas absurdos sistemas,

y circulando por la prensa las producciones mas obceanas, trabajan sin descanso por arrancar de los jóvenes los gérmenes de la fé, los inflaman con el fuego de las mas violentas pasiones, para llevarlos mas tarde á la consumacion de los mas horribles excesos.

16 A la vista de todo esto, los mas tristes presentimientos se apoderan del espíritu; porque siendo cierto como lo es, que la educacion influye poderosamente, no solo en el porvenir del individuo, sino tambien en el de la familia de que es miembro, y en el de la sociedad á que pertenece. ¿Quien no ve, quien no se persuade, que cuando se trabaja con tanto empeño porque los jóvenes se eduquen alejados de Jesucristo, sin tomar en cuenta ni las enseñanzas de la Religion, ni las máximas de sana moral, ni los preceptos del Evangelio, no se hace otra cosa, que estar amontonando mil elementos destructores, que traerán muy pronto nuevas persecuciones á la Iglesia, mayores desastres á la sociedad y dolores mas amargos á la familia?

17 Ciertamente, Venerables Hermanos y muy amados hijos, nuestros temores por el porvenir van mas allá de lo que pudiéramos expresar, y si no fuera, porque nuestra confianza se apoya en el auxilio de Dios, que puede hacer, segun la expresion sagrada, *de las piedras hijos de Abraham* (1) *y que de las tinieblas hizo brotar la luz*, (2) nuestro desaliento sería sin medida. Y porque veais, que las apreciaciones que hacemos sobre el triste estado que generalmente guarda la educa-

[1] Math. III. v. 9.

[2] II. Cor. IV v. 6.

producir, no se apartan en un solo punto de la verdad, queremos hacerlos oír, sobre materia de tan vital importancia, una palabra mas autorizada que la nuestra: la palabra del Vicario de Jesucristo, trascribiendo aquí siquiera sea los principales párrafos de una notabilísima carta que, el 26 de Junio próximo dirigió al Emmo. Cardenal Mónaco La Valleta, su Vicario general en Roma, con ocasion de haberse publicado en aquella ciudad una disposicion de la autoridad civil, que como entre nosotros, prohibió la enseñanza del catecismo católico en los establecimientos de educacion dependientes del gobierno.

18 El Soberano Pontífice, despues de enumerar, los grandes males que el gobierno ha causado á la Santa Ciudad, estableciendo allí una prensa sin freno, y periódicos consagrados á combatir de continuo la fé con el sofisma y la burla, á impugnar las sagradas disposiciones de la Iglesia y á despreciar su autoridad; permitiendo que se abran templos protestantes sostenidos con el oro de las sociedades bíblicas, para insultar la religion verdadera; estableciendo escuelas, asilos y hospicios con el aparente filantrópico propósito, de educar á la incauta juventud, y socorrer sus necesidades; pero con el verdadero fin de formar una generacion atea y enemiga de la religion; llega á considerar la decretada supresion del catecismo católico y justamente alarmado continúa de esta manera: "Esa supresion, dice, es una providencia reprobable, que viene á quitar toda barrera á la herejía y á la incredulidad invasoras, y deja abierto el camino á nuevo género de extranjera invasion, tanto mas funesta y

"peligrosa, cuanto mas directamente mira á borrar del corazon el precioso tesoro de la fé y de los frutos que de ella se derivan. Este nuevo atentado á la Religion y á la piedad, Nos llena el ánimo de una viva y desoladora afliccion y nos obliga á escribir la presente carta sobre tan triste argumento, para reclamar altamente de ello en presencia de Dios y de los hombres.

"Desde luego, en virtud de nuestro pastoral ministerio, Nos es preciso recordar á todos los católicos el deber gravísimo, que por ley natural y divina, les incumbe de instruir á su prole en las verdades sobrenaturales de la fé, y el deber que en un país católico obliga á aquellos que lo gobiernan, á facilitar y promover el cumplimiento de aquella obligacion. Y al mismo tiempo que en nombre de la religion, alzamos nuestra voz para proteger sus mas sagrados derechos, queremos tambien poner de manifiesto, cómo esa considerada disposicion es contraria al verdadero bien de la misma sociedad."

"Ciertamente no se puede imaginar, qué pretexto ha podido aconsejar tal medida, como no sea la irracional y funesta indiferencia religiosa que crece cada dia en los pueblos. Hasta ahora, la razon y el simple buen sentido natural, enseñan á los hombres, á precindir de aquello que en la práctica no produce buen resultado, ó que por alguna circunstancia se convierte en inútil. Pero, ¿quién podrá afirmar, que la enseñanza religiosa no ha producido buenos resultados? ¿No fué la enseñanza religiosa la que renovó el mundo, la que santificó y embelleció las relaciones mutuas entre los hom-

“bres, la que hizo mas delicado el sentimiento moral y
“educó, aquella conciencia cristiana que reprime mo-
“ralmente los excesos, reprueba las injusticias y eleva
“á los pueblos fieles sobre todos los demás? ¿Se dirá
“acaso, que por las condiciones de la edad presente se
“ha hecho inútil y nociva? Mas, la salud y prosperidad
“de los pueblos, no tienen segura tutela, fuera de la
“verdad y de la justicia, de las cuales la sociedad ac-
“tual está tan vivamente necesitada, y á las que el ca-
“tecismo católico conserva plenamente intactos sus
“sagrados derechos; y por lo mismo que fué causa de
“tantos frutos preciosos, que se recogieron y se espera
“que continuen recogiéndose de aquella enseñanza, no
“debe desterrársela de las escuelas públicas sino al
“contrario, debe promoverse con particular empeño.”

“Lo exige así tambien, la naturaleza del niño y las
“condiciones especialísimas de los tiempos en que vivi-
“mos. No se puede de ninguna manera renovar sobre
“el niño el juicio de Salomon, y separar con un tajo
“irracional y cruel su inteligencia de su voluntad:
“mientras se cultiva la primera, es necesario hacer que
“la segunda se habitué á la práctica de la virtud para,
“buscar el último fin. El que en la educacion de los
“niños, olvide la voluntad, concentrando todos sus es-
“fuerzos en la cultura del entendimiento, hace de la
“instruccion una arma peligrosa que pone en manos
de malvados.”

“Se añade la cultura del entendimiento á la malevo-
“lencia, frecuentemente á la fuerza, y contra esto no hay
“remedio humano.”

“Es esto tan cierto, que, aunque sea á costa de con-

“tradiciones lo reconocen los mismos que se empeñan
“en escluir de la escuela la enseñanza religiosa; porque
“no limitan sus esfuerzos á solo la inteligencia, sino que
“tambien los estienden á la voluntad, haciendo que en
“las escuelas se enseñe una cierta moral que llaman *ci-
“vil ó natural*, para guiar á la juventud á la adquisicion
“de las virtudes sociales y de ciudadanos. Pero, fuera
“de que esa moral, no puede conducir al hombre al al-
“tísimo fin á que ha sido destinado y consiste en la vi-
“sion beatífica de Dios, tampoco tiene fuerza bastante
“sobre el ánimo del niño, para educarle virtuosamente,
“y mantenerle firme en el bien, ni responde á las ver-
“daderas necesidades del hombre, que es animal reli-
“gioso del mismo modo que es animal social; y jamas
“los progresos de la ciencia, podran arrancarle del ánimo
“las raices profundísimas de la religion y de la fé. ¿Por
“qué, pues, no servirse del Catecismo católico para edu-
“car en la virtud á los niños, cuando en él se contienen
“la manera mas perfecta y los gérmenes mas fecundos
“de una sana educacion?”

“La enseñanza del Catecismo, ennoblece, y ensalza al
“hombre en su propio concepto, haciendole que se res-
“pete así mismo y que respete á los demas.”

“Grande desventura es á la verdad, que muchos de
“aquellos, que quieren que el Catecismo salga de las
“escuelas, hayan olvidado ó no reflexionen en lo que
“ellos mismos aprendieron en el Catecismo, en su infan-
“cia. Si así lo hicieran, les sería muy fácil comprender,
“como, enseñar al niño que es obra de las manos de
“Dios y fruto del amor que Dios libremente le ha pro-
“fesado; que todo cuanto ve, está ordenado á su servicio,

“como Rey y Señor que es de la creacion; que es tan grande y vale tanto, que el mismo Hijo Eterno de Dios, no se desdenó tomar su carne misma para redimirle; que la sangre del Hombre-Dios ha bañado su frente en el bautismo; que de la carne del Cordero Divino se alimenta su vida espiritual; que el Espíritu Santo, morando en el, como en templo vivo suyo, le infunde vida y virtud enteramente divinas; que el enseñarle, decirnos, todas estas cosas, es lo mismo que impulsarle eficazmente á conservar la calidad gloriosa de hijo de Dios, y á honrarla con una vida de virtudes.”

“Comprenderían además, que se puede esperar mucho de un niño, que en el Catecismo aprende, que está destinado á un fin altísimo, en la vision y amor de Dios. que se acostumbra á ser dócil y sumiso, venerando en sus padres la imagen del Padre que está en los Cielos, y en los que mandan, la autoridad que viene de Dios y en Dios tiene su fundamento y magestad; que respeta á sus prójimos como sus hermanos por la semejanza que brilla sobre sus frentes, y reconoce bajo las miserables apariencias del pobre al mismo Redentor. Finalmente, entenderían, que la moral católica, fortalecida con el temor del castigo y con la esperanza cierta de altísimos premios, no corre la suerte de esa moral civil con que se le quiere sustituir; ni hubieran tomado nunca, la funesta resolución, de privar á la generacion presente, de tantos y tan grandes bienes, como se consiguen con la enseñanza del Catecismo.”

19. La consideracion de no estender mucho mas los límites de esta carta, nos priva Venerables Hermanos y

muy amados hijos, de la dulce satisfaccion de transcribirnos íntegramente el respetable documento á que nos referimos; pero los párrafos, que de él hemos insertado, son bastantes para poner de manifiesto, la dolorosa impresion que ha causado en el ánimo de su Santidad esa inconsiderada supresion del Catecismo católico, y justifican los graves temores y las justas alarmas, que Nos mismo, hemos concebido, acerca del porvenir de esa porcion de nuestro rebaño tan cara para nuestro corazon, á la que se pretende dejar crecer sin ideas y sentimientos religiosos, desarmada y sin freno, frente á frente de las pasiones violentas que la combaten, para que vaya á precipitarse á las lúbricas sendas del delito, con tanta mayor seguridad, cuanto son mas abundantes, fuertes y poderosos los elementos del mal y los insensitivos del vicio.

20. ¿Qué pues debemos hacer, en tan difíciles circunstancias, supuesto que el Señor por los inescrutables juicios de su sabiduría, permite que se prolongue todavía esta, dura prueba, porque están pasando á la vez la Iglesia y la sociedad? ¡Ah! Venerables Hermanos, nosotros ministros del Señor, encargados por nuestro ministerio de, negociar ante el trono de la Divinidad el bien de los pueblos y la salud de las almas, debemos ante todo, prosternarnos ante la Magestad soberana, y con el corazon humillado, elamar á las puertas de la misericordia, y pedirle con instancia, aparte de nosotros, los males que nos afligen y los mas graves aun que nos amenazan; y que por la gloria de su Santo nombre, no permita ya, que su religion sea el ludibrio de los malos, ni consienta que para colmo de nuestras desgracias se ex-

tinga la antorcha de la fé en los tiernos corazones de los niños, por el culpable descuido con que se mira su educacion religiosa.

21. Ni es esto solo; debeis tambien, puesto que sois cooperadores nuestros en el ministerio pastoral, participando de nuestros temores, participar tambien de nuestra solicitud, é inflamados por el celo de los verdaderos intereses de esos niños á quienes habeis *regenerado por el agua y el Espiritu Santo*, (1) levantar muy alto vuestra voz, para enseñar á los padres de familia cuan alta, cuan sublime, pero cuan difícil, cuan peligrosa es la mision santa que Dios les ha encomendado. Enseñadles con San Agustin; *que los fieles que se unen por el vínculo santo del matrimonio, no cumplen con solo poner en el mundo nuevos hombres como viajeros estraviados en el desierto de esta vida, sino que antes bien, deben ellos mismos indicarles la ruta por donde han de llegar á su patria celestial.* (2) Que esos esfuerzos sublimes de amor y de abnegacion de que todos los dias dan multiplicados ejemplos, no deben limitarse á satisfacer unicamente las necesidades materiales de sus hijos: que fuera del pan que alimenta el cuerpo, hay otro pan con que deben alimentar su espíritu, que es la enseñanza religiosa: que no basta que abriguen sus cuerpos con el vestido para librarlos de las inclemencias, si no resguardan sus almas con el escudo de la fé; y que á pesar del ostentoso lujo con que los adornan, quedarán en vergonzosa desnudez delante de Dios y de los Angeles, si

[1] Joan. III. v. 5.

[2] Sanc' Aug. Lib. I. De nuptiis c. 8.

no llevan los preciosos atavios de la inocencia, del candor y de la virtud.

22. Recordadles, que la máxima fundamental de una buena educacion, es la que prescribe el Apóstol, escribiendo á los Ephesios. *Educate illos in disciplina et correptione Domini:* (1) lo que quiere decir, que cuando sea necesario corregir el mal, deben hacer violencia á su ternura y revestirse de la autoridad que Dios les da, para cortar en tiempo oportuno las malas inclinaciones, evitar las amistades peligrosas y las lecturas frívolas é indecentes, y todo aquello que juzguen nocivo á la verdadera felicidad de sus hijos. Enseñadles sobre todo, que no deben ser las riquezas, los honores, las conveniencias sociales, ni mucho ménos los placeres y los deleites, lo que deben esforzarse en proporcionar á sus hijos, porque todo esto pasa y desaparece; es frágil y deshecho, y nada de esto es capaz de hacerlos verdaderamente felices, ni llenar su corazon, que solo ha sido creado para saciarse con Dios; y que por esto, lo mejor, lo único que por esos hijos queridos deben hacer, es inclinarlos á la virtud, inspirarles el amor á la justicia, la compasion á los pobres, y sobre todo el amor á Dios para que lo confiesen y lo bendigan siempre. *Filiis vestris mandate ut faciant justitias et eleemosynas: ut sint memores Dei, et benedicant eum in omni tempore, in veritate et in tota virtute sua.* (2)

23. A las exhortaciones, que hagais á los padres de familia, añadid tambien, el mas formal empeño de dar por vosotros mismos, la instruccion del Catecismo, sin

[1] Ephes VI, 4.

[2] Tob. XIV, 11.

desdeñaros de una ocupación tan santa, que hacia las delicias del Apóstol San Pablo, como lo asegura él mismo escribiendo a los Tesalonisenses: *nos hemos hecho párbulos en medio de vosotros como una nodriza que acaricia á sus hijos: Facti sumus parvuli in medio vestrum, tanquam si nutrix foveat filios suos: (1)* y á los Corintios: *como á pequeñitos en Cristo os hemos dado leche y no alimentos sólidos de que no erais capaces: tanquam parvulis in Christo lac vobis, potum dedi, non escam. (2)* Promoved el establecimiento de escuelas parroquiales, puestas bajo vuestra inmediata vigilancia, en las que, á la vez que los otros conocimientos elementales con que se ilustra á los niños, se les inculquen de preferencia, los rudimentos de nuestra Religion y se les inspire el amor á la virtud y el horror al vicio. Mas por que muchas veces, los continuos trabajos de la administracion y las otras graves atenciones de vuestró ministerio, podrán impedirlos, atender siempre personalmente la enseñanza de la doctrina, buscad un auxiliar, en la piedad de tantas personas católicas de uno y otro sexo, que á una insinuacion vuestra, se prestarán, no lo dudamos, á desempeñar ellas mismas ese trabajo; y para alentarlas en tan santa empresa, Nos, en la medida que podemos, las hacemos participantes de los tesoros de la Iglesia, concediéndoles ochenta dias de indulgencia por cada vez que lo hicieren, y lo mismo concedemos á todos aquellos que con disposicion cristiana vengan á recibir esas instrucciones.

24. Grande es sin duda, Venerables Hermanos, la obra

(1) I. Thes. II. v. 7.

(2) I. Cor. III. 2.

que os encomendamos, y grandes tambien las tareas que para cumplirla teneis que emprender; pero para que vuestro celo no desmaye, fuera de pensar, que en esto cumplis con uno de los primeros y mas sagrados deberes de vuestro ministerio, y que por lo mismo haceis una grande obra á los ojos de Dios, porque trabajais en la salud de las almas, estad tambien ciertos, de que cuanto haceis por la educacion cristiana de la juventud, otro tanto haceis por el porvenir de las familias y el bienestar de la sociedad; y probareis con esto, una vez mas, lo que todo el mundo sabe, por mas que algunos lo nieguen; lo que la historia registra en sus anales y los corazones bien formados reconocen con gratitud; á saber: que la Iglesia católica, instruyendo por medio de sus ministros, á las generaciones que se acogen á su maternal cuidado, es la que hace avanzar á los pueblos en el verdadero progreso; que no consiste en otra cosa, segun el Apóstol San Pedro, que *en el crecimiento de la virtud, en el conocimiento mas perfecto de Jesucristo, como Redentor, como Legislador, como verdadera Luz del mundo y como principio y fundamento de una verdadera civilizacion: Crescitè vero in gratia et in cognitione Domine Nostri Jesu Cristi. (1)*

25. Recibid entre tanto, Venerables Hermanos, con los fieles todos de vuestras parroquias, la Bendicion Pastoral, que de lo íntimo de nuestro corazon y como una prenda de nuestro paternal afecto os damos, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

26. Mandamos, que esta nuestra carta sea leida *inter*

(1) II. Petr. III. 13.

Missarum solemnía en nuestra Santa Iglesia Catedral y en todas las parroquias del Arzobispado el Domingo próximo despues de su recepción, y fijada despues en los lugares acostumbrados.

Dada en nuestra casa Arqueiepiscopal, firmada por Nos y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno, á los dos dias del mes de Octubre del año del Señor de mil ochocientos setenta y ocho.

José Ignacio,
Arzobispo de Michoacan.

P. M. D. S. S. I. y R.

Luis Maccuzet,
Secretario.